

Después de una larga ausencia vuelvo a La Unión, quería ver a Asensio Sáez. Antes lo había prevenido por teléfono y él, con esa voz afable y generosa que es tan suya, me había dicho: *Sí, claro, ven cuando quieras. Tú puedes venir siempre.* Cuántos recuerdos me trae La Unión: la calle Bailén, María Cegarra, el cementerio en el que un día dedicáramos una ofrenda poética a su hermano Andrés, las minas, los trovos. Y luego Asensio, Asensio y sus hermanas, Pepita y Juanelo, nuestra juventud. Todo aquello que un día habría de quedarse allí para siempre.

Asensio me estaba esperando en su casa, como en el pasado, delante del caballete, de su última obra, a plena luz, por el sol de la cinco de la tarde. La ventana del comedor abierta, el aire limpio, finos rayos de oro atravesando la azotea, las hojas tan cuidadas de los helechos. Esta casa de Asensio que me es tan querida como las personas que en otro tiempo la habitaran: su madre, él, sus hermanas. Y la que ahora parece atravesada de un aire de ausencia. Pero Asensio está todavía y Pepita. Mis ojos recorren las estancias, una a una, hasta la cocina. Todo está como antes: sus cuadros, el aparador antiguo empotrado en la pared, repleto de cerámicas de otra época y de cristalería artesanal, su estudio, la cabeza del Cristo agonizante, el retrato que le hiciera Paco Hernández Cop, los cuadros que le dedicaran los amigos, sus dibujos de juventud; toda una galería de luminosos recuerdos. Pero sobretodo sus sonrisa, esa sonrisa transparente que emana del rostro bondadoso de Asensio Sáez.

Me mostró lo que estaba haciendo, lo que preparaba para su exposición. Ese encanto, esa emoción. Ese toque especial que da a sus cuadros nos hace descubrir su vida, su sensibilidad, su alma. Portador él mismo de una poesía luminosa que reviste sus paisajes y sus figuras de un encanto penetrado de misterio y. al mismo tiempo, desarrolla el poder de sugerir la belleza del mundo y del arte –con trazos, tan sumamente delicados, que nos recuerdan las acuarelas de Boudin- fascinado por el azul y los espacios.

Prodigioso dibujante, Asensio ha ilustrado sus propios libros, desde CUATRO ESQUINAS a NAVIDAD TODO EL AÑO: Él acierta, incluso en sus *collages*, a trazar figuras y costumbres de su tiempo, aplicándoles su buen gusto de otra época. Asensio es un admirable clásico en la pureza formal y lineal que él se propone, un creador en el que la vida y el movimiento están presentes. En sus óleos la imagen va más allá de lo que representa, en la manera en la que la aventura humana se inscribe en su arte, y su arte en la aventura humana.

Para realizar su obra, Asensio aspiró a una atmósfera de trabajo apacible que encontró en su propia casa. Siendo muy joven conoció al pintor cartagenero Vicente Ros y fue amigo de sus discípulos más destacados, pero él se supo liberar de toda clase de influencias de la escuela del maestro, con el ardor de defender la línea de su seductora

personalidad. Asensio ha ido silenciosamente y, durante muchos años, elaborando su arte en una estética envuelta de ascetismo.

Si observamos sus cuadros veremos la gran tendencia que en ellos se acusa por los temas religiosos y, también, por los modelos populares. En sus figuras femeninas se advierten miradas ingenuas y como si estuvieran levemente iluminadas por un rayo de luna. Actitudes encantadoras de cuerpos suaves: una nota de realismo sensual y de un idealismo casi místico que se dan estrechamente la mano.

La pintura de Asensio Sáez permanece auténtica en cuanto a los sentimientos que la inspiran. La suavidad que pone en los toques finales están a la altura de la elegancia moral de su persona, de su amor exclusivo por lo bello y por lo grande, por todo cuanto emana de su noble inspiración. De esa inspiración suya que brota como un agua de la tierra y de la luz que su madre escogió para *nacerlo* y que él ha sabido reflejarlas con tanta intensidad en sus cielos, en sus mares, en sus figuras, para poder dar a la vida una forma que no se aprende en las academias, sino en la naturaleza, en la observación penetrante de los seres y las cosas que la componen.

Asensio Sáez toma de la naturaleza aquello que le infunde un sentimiento, una expresión suficientemente elocuente para sugerir lo que le pueda inspirar. Después combina los efectos y les busca en el color un equilibrio. Es un trabajo, no solamente de inspiración, sino también de reflexión. Sí, para él la pintura es una llamada al recogimiento y a la meditación. Una mirada desde nuestro yo profundo en el que pueda reflejarse el azul del cielo, el rosa de las mejillas, la expresión de los semblantes, el ocre estéril de la sierra de La Unión y toda esa gama de verdes de las plantas que él cultiva. Todos esos elementos que le permiten pintar, pero que él expresa en sus lienzos con una especie de visión interior. Su pintura brilla con ese esplendor mudo y deslumbrante que nace del espíritu.

Mi visita a La Unión ha sido enriquecedora. Contemplo los últimos lienzos de Asensio. Mi alma se ha impregnado de toda esa riqueza espiritual que se desprende de ellos. Su pintura se nos muestra auténtica en cuanto a los sentimientos que inspiran al espectador, dándole una dimensión universal que nos conduce a pensar que el dibujante, el pintor y el poeta, han seguido el mismo camino.

Hombre tierno y de maneras apacibles nos dice que él no tiene prisa en acabar algo: *Mientras la obra no está acabada, parece como si el tiempo no pasase, como si estuviera detenido, esperándonos en algún sitio.* A Asensio le gusta estudiar sus temas detenidamente, eso es para él lo más importante. Es como si una voz interior le dijese que su obra no está todavía acabada.

Asensio es un artista tan sincero que se abre a nosotros como un libro excepcional. Transformando todo cuanto toca, se apropia de lo que pinta y no copia jamás, ni incluso cuando trabaja *según la naturaleza*. Él inventa e incrusta en sus lienzos esa luz inconfundible que emana de su propia persona.

Asensio no imita a nadie, él mismo es inimitable.

María Teresa Cervantes